

DESCRIPCIÓN

A mediados de mayo de 1808, toda España se había alzado en armas contra los franceses. Distintas juntas dirigían la sublevación en Murcia, Aragón, Asturias, Andalucía y Galicia. La capacidad militar de estas regiones era muy variable, pero las principales fuerzas españolas se concentraban en el noroeste y en el sudoeste. Los franceses, por su parte, contaban con un gran contingente de tropas alrededor de Madrid (con líneas de comunicación que se extendían hasta Bayona), con Junot (aislado en Portugal) y con varios destacamentos en Cataluña. Por tanto, ocupaban en general el centro del país, mientras que las fuerzas de las juntas se mantenían en la periferia. No obstante, la población se oponía en todas partes a los invasores con pequeñas acciones, como atacar a grupos aislados de soldados, asaltar a los correos, interrumpir el aprovisionamiento, etc. Poco a poco, las fuerzas imperiales se dieron cuenta de que sólo controlaban las partes de la Península sometidas por sus bayonetas y de que los mensajeros y los convoyes de abastecimiento necesitaban la protección de una gran escolta para poder llegar a su destino.

Sin embargo, una serie de noticias inexactas y la lentitud de las comunicaciones, así como el hecho de haber conseguido reprimir el levantamiento del Dos de mayo, habían hecho creer al virrey del emperador, Murat, que la oposición a la ocupación francesa se limitaba a unos cuantos brotes de insurrección aislados, fáciles de sofocar con la intervención de algunas columnas. Hasta bien entrado julio, siguió enviando partes optimistas a Francia; de ahí que, desde el principio de la campaña, Napoleón siempre estuviera mal informado sobre la verdadera naturaleza del conflicto.

Para acabar con lo que creía que eran simples focos aislados de rebelión, el emperador trazó un plan que Murat puso en práctica durante la última semana de mayo. Una gran fuerza de reserva se quedaría en Madrid, mientras que el general Dupont avanzaría hacia Córdoba y Sevilla. El mariscal Moncey, con el apoyo de una columna de las tropas de Duhesme, en Cataluña, tenía que aplastar la insurrección en Valencia y Cartagena, a la vez que el mariscal Bessières se ocupaba de mantener las líneas de comunicación en el norte y destacaba fuerzas para dominar a los rebeldes de Santander y Zaragoza.

De acuerdo con estas instrucciones, Dupont avanzó con 13.000 hombres hasta llegar a Andújar el 5 de junio. Al comprender que el levantamiento era general, continuó hacia Córdoba, donde multitud de campesinos se estaban armando bajo el mando de don Pedro de Echavarri. Éste, que contaba con un ejército compuesto por 12.000 voluntarios civiles y 1.400 soldados regulares, más ocho cañones, se dio cuenta de que la defensa de Córdoba era de vital importancia desde el punto de vista político, Y, sin dudarlo un momento, preparó todas sus fuerzas para enfrentarse a Dupont en el puente de Alcolea, sobre el Guadalquivir.

En este primer combate de la guerra, los españoles sufrieron una gran derrota. Aunque los hombres de Dupont eran en su mayoría reclutas recién incorporados a filas, poseían una capacidad de choque muy superior a la de sus inexpertos y desorganizados oponentes. La totalidad de las fuerzas de don Pedro fueron puestas en fuga en cuestión de minutos y se dispersaron sin reagruparse para defender Córdoba. Unas cuantas balas perdidas que llegaron hasta la vanguardia de Dupont sirvieron de excusa al general imperial para rechazar la capitulación de la ciudad y urgir a sus hombres a tomarla por asalto.

Los horribles sucesos que tuvieron lugar entonces se repetirían muchas veces en los años siguientes. Los franceses irrumpieron en Córdoba sin ningún respeto hacia la vida o las propiedades de sus habitantes: saquearon la ciudad, violaron a las mujeres y mataron a docenas de civiles. En venganza, las bandas de rebeldes masacraron a los soldados franceses rezagados y de avanzada. Las atrocidades cometidas por ambos bandos estaban empezando a dar un carácter brutal a la guerra.

La batalla de Bailén

Tras entrar en Córdoba, Dupont se encontró de pronto totalmente aislado en una región plagada de rebeldes. Asaltado por las dudas, al ver que sus correos eran asesinados y no había señales de refuerzos, prefirió

abandonar la ciudad y retirarse hacia el este. Pero, en vez de buscar refugio en los desfiladeros de las montañas, se quedó en las tierras llanas de Andújar, decidido a cumplir su misión. Alarmado entonces por el avance de un ejército de 34.000 españoles bajo el mando del general Castaños, destacó varias columnas para salir al encuentro de la ayuda que Murat pudiera haberle enviado.

Tal como esperaba, los refuerzos ya estaban en camino, y el 27 de junio el general Vedel llegó a La Carolina con 6000 soldados de infantería y 600 de caballería. Pero Dupont no supo aprovechar las nuevas fuerzas que acababa de recibir. En vez de utilizarlas para defender su posición, desplegándolas en los pasos de las montañas a fin de mantener las comunicaciones y la línea de retirada, o de destinarlas a la ofensiva, uniéndolas a las que ya tenía para atacar inmediatamente a Castaños en las llanuras, mandó a Vedel a Bailén, mientras que él siguió inactivo en Andújar con el grueso de las tropas. Para colmo, cuando Madrid envió la división del general Gobert a fin de impedir que volviese a interrumpirse el contacto con Dupont, éste ordenó al recién llegado que reforzara la absurda posición de Andújar. Por tanto, el 7 de julio, el comandante en jefe francés tenía más de 20.000 hombres desocupados, mientras que su adversario, confundido por la inactividad del enemigo, acababa los preparativos para el asalto al otro lado del Guadalquivir.

Para llevar a cabo la ofensiva, el general Castaños dividió sus fuerzas en tres columnas. La primera, compuesta por 12.000 hombres bajo su propio mando, marcharía hacia Andújar; la segunda contaba con 8.000 soldados a las órdenes de Coupigny y tenía que dirigirse hacia Villanueva, y, por último, el general Reding se encargaría de tomar Mengíbar con unos 10.000 hombres. Convencido de que sólo había 14.000 franceses en Andújar, Castaños pensaba inmovilizarlos simulando un ataque frontal, mientras que las otras dos columnas se abalanzarían sobre la retaguardia por el este. Creía, además, que las unidades imperiales que obstaculizaban el avance de Reding y Coupigny eran pequeños destacamentos que se limitaban a guardar los flancos y no podrían impedir el ataque débordante.

Los españoles iniciaron la ofensiva contra la línea desplegada de Dupont el 14 de julio e hicieron retirarse a los pelotones franceses del río en Mengíbar. En vez de concentrarse y aprovechar la dispersión de las columnas enemigas para destruirlas, el general francés, más decidido aún a mantenerse a la defensiva al saber que el ataque de Moncey en Valencia había sido rechazado, se limitó a realizar un ligero cambio en la distribución de sus fuerzas, reforzando la posición de Vedel en Bailén con elementos de las unidades de Gobert que habían quedado en La Carolina.

Al día siguiente, Castaños intensificó el asalto, pero sus esfuerzos no sirvieron más que para poner de manifiesto el gran error que había cometido al calcular las fuerzas de Dupont. Asimismo, Reding se encontró con que su oponente era toda la división de Vedel, en vez de un pequeño destacamento encargado de proteger los flancos, y se apresuró a abandonar el combate. El ataque de Castaños, sin embargo, fue tan intenso, que el comandante en jefe francés tuvo que pedir refuerzos a Vedel. Éste, creyendo que el asalto de Reding había sido tan breve por falta de hombres, dejó sólo dos batallones en Mengíbar y marchó con el grueso de sus tropas en ayuda de Dupont durante toda la noche. Cuando el 16 de julio por la tarde llegó a Andújar descubrió que Castaños se había limitado a repetir la acción del día anterior y que las operaciones de Coupigny en Villanueva continuaban siendo meros conatos de ataque.

Sin embargo, las noticias de Mengíbar eran desastrosas. Reding había utilizado sus 10.000 hombres para dispersar a las reducidas fuerzas francesas que se quedaron allí y se encontraba ya al otro lado del Guadalquivir. El general Gobert había intentado evitar la caída de la posición enviando los pocos refuerzos de que disponía; pero, a últimas horas de la tarde, cayó mortalmente herido y sus tropas tuvieron que retroceder hacia Bailén. El flanco izquierdo francés había sido rebasado.

Una vez más, a pesar de contar con más hombres que los españoles y mejor artillería y caballería, Dupont vaciló en tomar la iniciativa. En vez de caer sobre Castaños y arrollar todo el ejército enemigo de oeste a este, volvió a dividir sus fuerzas: él trataría de retener Andújar, mientras que Vedel tenía que volver atrás con sus fatigados hombres y reagrupar todas las tropas que quedasen en el flanco izquierdo para contener a Reding.

Pero, el llegar a Bailén, Vedel descubrió horrorizado que el sucesor de Gobert, Dufour, había evacuado la ciudad para dirigirse a La Carolina, donde una columna española parecía amenazar los pasos de las montañas y, por tanto, las comunicaciones del ejército francés con Madrid. Creyendo que la fuerza hostil era la de Reding, Vedel avisó a su comandante en jefe y se apresuró a marchar con sus exhaustas tropas en ayuda de Dufour.

Al avanzar tan precipitadamente hacia el norte, sin pararse a comprobar cuál era la verdadera posición del enemigo y las fuerzas con las que contaba en realidad, Vedel ponía en peligro todo el ejército de Dupont sin advertir que estaba cometiendo un grave error que iba a tener fatales consecuencias. La columna que amenazaba La Carolina no era en absoluto la de Reding; estaba formada por varios centenares de inexpertos reclutas encargados de intimidar el flanco izquierdo francés como mejor pudieran. El general español se hallaba todavía en Mengíbar, donde había reagrupado a sus hombres tras la victoria sobre Gobert. Por consiguiente, cuando, al mediodía del 18 de julio, se encontró con Dufour, Vedel descubrió que la fuerza que amenazaba los pasos era insignificante. Poco después recibió órdenes de volver a Andújar y, con sus hombres totalmente agotados, emprendió el camino de regreso para reunirse con Dupont.

Para entonces, los españoles también estaban avanzando. Reding y sus tropas, a quienes se había unido la columna de Coupigny, habían reanudado la marcha el 17 de julio al mediodía. Convencido de que el grueso del ejército enemigo se hallaba todavía en Andújar, Castaños decidió seguir su plan original. Envió a Reding a Bailén y, por la tarde, al no encontrar ninguna resistencia, éste había ocupado la ciudad con todas sus fuerzas y estaba listo para atacar a la retaguardia de Dupont con las primeras luces del alba. Creyendo que las unidades hostiles que quedaban en el nordeste eran simples restos de las tropas derrotadas en las acciones anteriores, no advirtió el avance de Vedel con 11.000 hombres. Sin embargo, antes de que amaneciese comenzaron los combates al oeste de Bailén. El comandante en jefe francés, alarmado por la tardanza de Vedel, se había decidido por fin a retirarse de Andújar y su vanguardia había chocado con la avanzada de Reding.

En respuesta al inesperado movimiento de Dupont, Reding se apresuró a destacar 14.000 hombres y veinte cañones en una posición bastante fuerte a lo largo de las líneas situadas al oeste de Bailén y, para mayor seguridad, destinó varias unidades a vigilar el camino que comunicaba con La Carolina. Mientras tanto, el comandante de la vanguardia de Dupont, Chabert, subestimando la potencia de las tropas que tenía ante sí, abrió fuego con su única batería y mandó 3.000 hombres al ataque. Muy inferiores en número a sus oponentes y obligados a actuar en una zona donde convergía el fuego de ambos bandos, estos soldados fueron contenidos enseguida por los españoles y, tras una encarnizada lucha, hubieron de retirarse con considerables bajas.

En ese momento llegó Dupont y se hizo cargo de la situación. Temeroso de que Castaños cayese sobre su retaguardia en cualquier instante, procedió a enviar sus tropas al asalto poco a poco, según iban llegando al campo de batalla. No se dio cuenta de que un ataque de tales características era demasiado temerario, ya que los soldados llegaban agotados y muy desperdigados, tras haber marchado durante toda la noche por caminos abruptos y sinuosos. A pesar del valor con que actuaron todos sus hombres en una lucha propia de dragones y cuirassiers, los españoles consiguieron rechazar dos ataques más y, a las doce y treinta de la mañana, con Castaños aproximándose por detrás, Dupont se hallaba en una situación desesperada. Agrupando a sus exhaustos reclutas alrededor del único batallón de soldados aguerridos que le quedaba, se dispuso al combate en un último intento por romper la línea de Reding. Como en los asaltos anteriores, consiguió avanzar considerablemente y estuvo a punto de dispersar gran parte de las fuerzas españolas. Pero, desgraciadamente, no tenía reservas para aprovechar el avance conseguido y, tras otra enardecida lucha, tuvo que retirarse hasta el pie de las colinas. Con todas sus tropas desmoralizadas y exhausto, Dupont estaba perdido. El ruido proveniente del ataque de la vanguardia de Castaños a la columna encargada del bagaje señaló el fin de la batalla y, mientras sus soldados suizos se pasaban en masse al enemigo, se dio por vencido.

Mientras tanto, Vedel había seguido marchando lentamente hacia Bailén desde el este, hasta que una de las brigadas de Reding se interpuso en su camino. Consiguió hacer retroceder a esta fuerza, pero, al ver que había cesado el fuego, detuvo su avance en espera de instrucciones. Tras largas negociaciones, Dupont aceptó

rendirse con los 8.200 hombres que le quedaban y ordenó a Vedel que depusiese las armas. Éste capituló de inmediato e incluyó en la vergonzosa rendición a las tropas que mantenía en La Carolina y en otras posiciones más al norte.

Con esta derrota, 20.000 soldados imperiales fueron hechos prisioneros, a muchos de los cuales les hubiera resultado fácil huir. Los términos de la capitulación estipulaban que todas las tropas francesas serían embarcadas de regreso a Francia, pero sólo se hizo esto con Dupont y sus generales. De los soldados rasos, no volvieron a su patria ni siquiera la mitad.

Como cabe suponer, la derrota provocó las iras de Napoleón. «Nunca ha habido en el mundo nadie tan estúpido, tan inepto y tan cobarde», gritaba enfurecido, «los informes de Dupont dejan muy claro que todo se debió a su

inconcebible incapacidad». No obstante, independientemente de las causas que la provocaron, la derrota de Dupont en Bailén tuvo consecuencias peores. La noticia se extendió por toda la Península, e incluso por toda Europa, y, además de poner en duda la aparente invencibilidad de los franceses, fomentó la oposición a la tiranía de Napoleón.

MITO, LEYENDA, EN DEFINITIVA, PERSONAJE HISTORICO DE RELEVANCIA INDUDABLE Y QUE AFECTO DE UNA FORMA DECISIVA A LOS DESTINOS DE EUROPA Y EL MUNDO DURANTE EL SIGLO XIX.

SE DICE DE EL QUE ERA INFLEXIBLE, ENERGICO, DINAMICO Y NADA PERMISIVO CON LOS FALLOS AJENOS, PERO RECIENTES ESTUDIOS SOBRE SUS PERSONALIDAD NOS ACERCAN A UN NAPOLEON MAS ACCESIBLE, MAS HUMANO, EN DEFINITIVA, MAS AL NIVEL DE LOS HUMANOS QUE AL DE LOS SEMIDIOSES, DONDE SIEMPRE SE LE HA SITUADO.

EL MOTIVO DE ESTA PAGINA, ES ACERCAR UN POCO MAS A LA COMUNIDAD HISPANO-PARLANTE, LA FIGURA DE NAPOLEON BONAPARTE COMO PERSONAJE HISTORICO DE INDUDABLE IMPORTANCIA Y VALOR.

LEJOS ESTAMOS DE ENTRAR EN DEBATES SOBRE LO OPORTUNO O RAZONABLE DE SU OBRA, SIMPLEMENTE TRATAREMOS DE MOSTRAR AL PERSONAJE, SU OBRA Y SU EPOCA DE LA FORMA MAS IMPARCIAL Y OBJETIVA POSIBLE.